LA ORATORIA SAGRADA ESPAÑOLA

EN EL SIGLO XVIII.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION DE

D. Antonio Ferrer del Rio,

el dia 29 de Mayo de 1853.



MADRID.
IMPRENTA Y LIBRERIA DE V. MATUTE,
calle de Carretas, 8.

1853.

DISCURSO

DE

D. ANTONIO FERRER DEL RIO.

Señores:

A impulsos de una ambicion no bastarda, aunque tal vez algo impaciente, he llamado á las puertas de la Real Academia Española; y abriéndomelas de par en par esta Corporacion ilustre, rinde mi voluntad al blando yugo de la gratitud, que me durará lo que la vida; empeña mi decoro en justificar á la larga que para el hombre honrado sirven de vigilante despertador y de estímulo vigoroso hasta las recompensas prematuras; colma súbito mis deseos, y templa mi alma á las emociones del alborozo. Pero como entre las flores nacen espinas, y las venturas de la tierra no son cabales, amarga hoy la mia, con ser tanta, la reflexion triste de que, para penetrar en este venerando recinto, estampo forzosamente la huella sobre la losa de un sepulcro. Otros han recibido ya y guarda-

do en ménos de un lustro las cenizas de claros varones que, al exhalar el postrer aliento, dejaron perpetua memoria en la Academia y anegado mi corazon en llanto. El que, unido en amistad estrecha con el restaurador de la poesía castellana, se animaba á ser gallardo intérprete de Horacio, y aprendia en Turgot y Necker la manera de administrar con gloria, y en Demóstenes y Ciceron el arte de hablar como un libro; el que sobresalia entre los alumnos de Newton, y arrancaba á la suave lira tonos que parecian ecos del inimitable númen de Virgilio y de la grata melancolía de Rioja, y se alzaba como fanal esplendoroso para servir de norte á la juventud de su patria; el que bajo artesonada techumbre tuvo cuna, y entusiasmado en la mocedad ante el diligente afan de un extranjero por simplificar la instruccion de la infancia, complacíase en dedicarle noblemente las primicias de su lozana musa; y escuchaba despues su himno epitalámico miéntras combatia en la hueste de los últimos que han tenido ocasion de acreditar su legítima descendencia de los mártires de Sagunto y de los héroes de Covadonga; y sabia ser popular y magnate, y maridar en su ameno trato la sublimidad con la llaneza; todos cooperaron al lustre y fueron ornamento de la Real Academia Española; y todos, cuál con su vehemencia, generadora si propicia y exterminadora si contraria, cuál con su inagotable y paternal dulzura, cuál con su docta familiaridad, sin aliño á veces, mas nunca fuera de los términos del buen gusto, lleváronme como de la mano por el sendero que me trae á la última jornada en presencia de este señalado Concurso, quien sin duda ha ido pronunciando los nombres de los que me inspiran tan débil muestra de agradecimiento, de veneracion y de cariño. ¡Graves maestros y amigos afectuosos, que, si al eco de mi voz cobraran vida, llenos de júbilo y reconociéndome por su

hechura, me estrecharian en los brazos! Y de cierto no estuvieran ociosos los del gran poeta y crítico eminente, de quien voy á llenar el número, no el vacío, en la sábia Corporacion que anhelosamente le busca, y que, echándole de ménos, le llora. Es, no obstante, alto designio providencial que el tiempo, infatigable ministro de la muerte, y aun quizá cruel en secar al cabo las lágrimas que brotan á compás de sus fieros destrozos, nada pueda contra las glorias que promulga el sonoro clarin de su invicta rival la fama. Dias há que repite el nombre de D. Juan Nicasio Gallego, y que se oye con aplauso unánime en los vastos paises donde predominaba España cuando su grandeza no cabia en dos mundos. Sí, señores; especialmente en el de Colon, apénas hay quien ame ó cultive las letras sin que se deleite en formar un ramillete primoroso con las esparcidas flores que el cantor sublime de la victoria de Buenos-Aires cogia sin esfuerzo sobre la cumbre del Parnaso; y entre nosotros, siempre que saludamos los primeros verdores de Mayo á la sombra de los sauces y de hinojos ante una pirámide sepulcral cimentada sobre laureles, resuena solemne y majestuosa aquella nunca bien celebrada elegía, semejante, en mover al dolor, á las lamentaciones del profeta de Jerusalen, y en acalorar el patriotismo á las Mesenianas de Tirteo. ¿Quién no sacaba fruto copioso de aquel instructivo decir que embelesaba los sentidos y encadenaba las voluntades? De imaginacion galana y juicio muy certero, veníasele naturalmente á los labios el argumento más concluyente en los debates, la especie más oportuna en las conversaciones, el consejo más provechoso en las consultas, ora ilustrando los entendimientos con observaciones peregrinas, ora moviendo á meditacion profunda con citas graves, ora excitando risas aprobatorias con incisivas agudezas. Tan indolente para fomentar

la celebridad propia como solícito en procurar la ajena, sorprendíale acaso la luz del sol tras larga vigilia dedicada á examinar borradores hacinados siempre sobre su mesa de estudio, y á convertir frecuentemente en vistoso monumento la masa informe, en magnífico verjel la frondosa maleza, y á dar, como Ezequiel, á huesos áridos robusta y duradera vida. El elogio de tan privilegiado ingenio se resume en sencilla frase: con sus producciones dadas á la estampa no hay manera de formar un tomo que haga mediano bulto, y sin embargo, las generaciones futuras dirán envanecidas su gloria miéntras la antorcha de la civilizacion difunda sus rayos sobre España.

Viniendo en pos de quien tales alabanzas merece, y no siéndome dado seguirle sino de muy léjos, por más que mi eficacísima voluntad se empeñe y mi tenaz perseverancia se obstine, solo á favor de la benevolencia de los que han acreditado tanta con ponerme en situacion de poderles llamar compañeros; solo en la confianza de que el respetable Auditorio se compone casi totalmente de amigos, á quienes mal cuadraria tal dictado si no se manifestaran indulgentes, me atrevo á presentar el discurso que en las recepciones académicas figura al par como laudable costumbre, autorizado requisito y mandamiento reglamentario. Al escoger asunto, he fijado la consideracion en los tiempos en que por el género de mis actuales estudios vivo, en el carácter sacerdotal del académico á quien sucedo, y en la índole de la Corporacion distinguida que me recibe entre los suyos; y desde luego háme parecido que á todas estas circunstancias corresponde una puntual y breve reseña de lo que fue la Oratoria Sagrada Española en el siglo XVIII.

España, en la edad áurea de sus letras, tuvo no pocos hijos que profesaran las divinas magistralmente: sus misioneros conquistaban para Dios el nuevo mundo, sus

doctores eran asombro de los católicos en Trento, entre sus teólogos se contaban Luis de Leon y Melchor Cano, entre sus místicos, San Juan de la Cruz y Santa Teresa; y traen fecha de aquellos años libros como el *Espejo de consolacion de tristes*, *Las postrimerías del hombre*, el *Tratado de la Magdalena*, y tantos más, cuya simple enumeracion llenaria mucha parte del tiempo á que trato de reducir mi discurso. Entónces subian tambien á la cátedra del Espíritu Santo los venerables Juan de Avila y Luis de Granada, á quienes parece difícil igualar y punto ménos que imposible exceder en la seráfica tarea de enardecer á los vacilantes y de santificar á los devotos. Compatriotas de Quintiliano y contemporáneos de Vives, sabian que la Oratoria es arte, y que sin estudiarla no se conoce, y, para aplicarla al púlpito fructuosamente, sacaban la enseñanza de los puros manantiales de la Escritura y de los Padres de la Iglesia, que fecundaron más y más el árbol del Gólgota, ya regado con la sangre de los que se inmortalizaron en el martirio : ilustrados por la lectura y fortalecidos con la oracion, todos cultivaban la viña mística sin descanso, y en copiosa vena manaban de sus lenguas y plumas los ricos tesoros del habla castellana, recónditos ántes como los metales preciosos en las entrañas de tierras nunca holladas por planta de hombre : discípulos del Maestro Divino, que ansía tener en rededor á los pequeñuelos y llama á los pobres de espíritu bienaventurados, explicaban con elocuente sencillez las verdades del catolicismo; y así extirpaban la zizaña y hacian que la mies creciera abundante, y los pueblos recibíanlos en triunfo y los despedian con llanto, y despues de reverenciarlos en vida, cuando los contemplaban pasar á la eterna, desfallecian de congoja y los buscaban en los altares.

A últimos del siglo resplandeciente con lumbreras de

tal magnitud, perdian los oradores sagrados su mejor modelo en el autor de la *Guia de pecadores*, y arrojaba en las aulas un semillero de disputas la obra del jesuita Luis de Molina, titulada *Concordia de la gracia y libre albedrío*; disputas en las cuales habian de olvidarse los doctores de estudiar la teología en sus fuentes, y de no atribuir eficacia á los argumentos fundados en autoridades de nota, y de ceder al funesto contagio de seguir la opinion particular probable y de ménos verosimilitud que la ajena. Este orígen tuvo la adulteracion de la enseñanza y la decadencia de la Oratoria, aunque no viniera el daño de golpe; que tampoco se nos oculta súbito el astro del dia, ni se impregnan de amargor las aguas de los rios tan luego como desembocan en los mares.

Al coleccionar el librero Iñiguez de Lequérica varios sermones funerales á la muerte de Felipe II, hizo un gran servicio á la literatura, porque allí se descubre el matiz donde se altera la luz en cáos, la armonía en desconcierto, el buen gusto en extravagancia, y la tersura del lenguaje en hinchazon áspera y confusa; admirándose, por ejemplo, en fray Agustin Salucio como vestigios de los predicadores que habian procurado elevar á Dios los ánimos de los oyentes, y columbrándose en fray Alonso de Cabrera como preludios de los religiosos que iban á ocupar el púlpito dia tras dia, sin mejor designio que el de conseguir personal aplauso. Años adelante, miéntras se mantenia á pié firme en la buena senda el obispo de Albarracin, fray Jerónimo Bautista de Lanuza, gozaba de reputacion muy alta en la corte fray Hortensio Félix Paravicino, el Góngora de la Oratoria Sagrada. Sus imitadores, ménos doctos y más afectos á relumbrones de oropel, multiplicáronse prodigiosamente entre la sociedad sobrecogida y abrumada con los crímenes y las desventuras de que dan testimonio los *Avisos* de Pellicer y

los *Memoriales* de Martinez de la Mata, y pintada al vivo en las comedias de Calderon y en las sátiras de Quevedo. Aun ostentaban en las manos fray Lorenzo de San Nicolas, la escuadra; Cano, el buril; Murillo, el pincel; Rioja, la lira; la pluma de historiador Solís, y la vara de la justicia Salgado: aun se escuchaban acentos persuasivos como los del venerable Palafox, que, glosando al Crisóstomo, encomiaba sobre todos los galardones aquellos prometidos á los que sirven á Dios en el ministerio superior de gobernar las almas; y ya, al decir de la venerable Agreda, trocaban los predicadores el fin de la gloria divina en el de su estimacion vana; reducian á sutileza de ingenio propio la doctrina buena, santa y pura; cifraban su orgullo en admirar y entretener á los oyentes, y no poseian virtud ni eficacia para penetrar los corazones.

Sin salir del Real convento de San Gil, fuera muy fácil bosquejar el menoscabo de la Oratoria, limitando el estudio á los panegíricos pronunciados en las exequias de los reyes. El autor del de Felipe IV afirma que la órden franciscana es en sentido místico Ester, niña, huérfana y menesterosa, recogida por Mardoqueo: en comprobacion del asenso que merecen las aseveraciones de los monarcas, cita una bula de Alejandro VII y el *escrito está lo escrito* de Pilátos, y desvirtúa la sublime escena de la conversion del Buen Ladron, en que tan admirablemente se compendian los méritos del arrepentimiento y los prodigios de la gracia, mostrándole en figura de un pretendiente que entrega su memorial al Hijo de Dios para que lo examine cuando esté en su reino, y que se maravilla de que lo desdoble al instante y se lo despache entre aquella tempestad de congojas. Otro religioso del mismo convento hace á Cárlos II competidor de Jesucristo en reinar padeciendo, morir reinando y rei-

nar despues de la muerte: improvísale un epitafio en que le atribuye las dotes que ilustraron á los soberanos españoles más esclarecidos: luégo le parece difuso y lo borra y muda en el que los israelitas pusieron á Josué, alabándole como siervo de Dios solamente; y al cabo termina con la sospecha de que, aun saliendo bien librado, por haber sido rey no iria al Cielo sin detenerse en el Purgatorio; todo con profusion de citas profanas, y de conceptos enmarañados, insulsos y toscos, y de retruécanos de campanudo sonsonete.

El siglo xvi habia legado al xvii joyas místicas de valor sumo bajo el aspecto religioso y literario; en ambos sentidos el siglo xvii no trasmitia al xviii más que escoria. Cuando la dinastía borbónica subió al trono, la elocuencia del púlpito estaba sumida en el mayor abatimiento y sin apariencias de lograr suerte ménos infausta. Porque á la sazon, segun datos irrebatibles, los cursantes de las escuelas, en vez de una matrona ataviada majestuosamente, hallaban en la filosofía una dama acicalada y cubierta de falso brillo, amiga de altercar sobre todo, y que, enredada en sutilezas, ensoberbecia á sus sectarios, haciéndoles imaginar que penetrarian los más escondidos arcanos de la naturaleza, si llegaban á manejar ciertas fórmulas de exótico aparato, y que en último análisis no significaban cosa que ignorara el vulgo; y al grave estudio de la Escritura, de los dogmas de la religion santa, de su moral y de los fundamentos sólidos del cristianismo, se habian sustituido para los alumnos de las ciencias sagradas, ardientes disputas nutridas por el espíritu de partido y oscuras á la inteligencia, hipótesis extraordinarias, cuestiones quiméricas y de solucion imposible, solemnes bagatelas, que acaloraban á personas muy formales y en que perdian lastimosamente los años unos jóvenes que, bajo otro método de enseñanza,

fueran timbre de la Iglesia y honor de su pais nativo, y que, así descarriados en los estudios, llenos de grados académicos, hinchados de vanidad y con aire de suficiencia, se engolfaban cada vez más en el laberinto del mal gusto. Alarde hacian de erudicion vasta, y teníanla muy artificial y somera : en lugar de meditar sobre la Biblia, se iban á sus concordancias por el sonido de las voces para hilvanar despues los textos á su antojo : en vez de los Santos Padres, de los teólogos afamados y de los controversistas eminentes, consultaban las Polianteas, los calendarios de fiestas gentílicas y los teatros de los dioses : nadie abria la *Retórica eclesiástica*, escrita en latin por fray Luis de Granada ; y el *Mundo simbólico*, monstruoso engendro de una imaginacion delirante, andaba en las manos de todos : como la crítica habia perdido sus fueros, los predicadores prohijaban toda especie que les hiciera al caso, para exornar paradojas, concordar despropósitos y dislocar verdades, á tal de hallarla en letras de molde, cuando circulaban impresos libros como *El Ente dilucidado*, sin igual en el hacinamiento de absurdos. Así en la casa del Señor se encontraba ménos edificacion que deleite, sonaban más amenudo los donaires que las sentencias , y las carcajadas que los sollozos, y se aprendia más mitología que Evangelio ; como que sus extraviados ministros citaban por símbolo de la caridad á Cástor y Pólux confederando al signo Géminis en dulce abrazo; denominaban á San Miguel, Marte de la ley de Gracia, y comparaban la inmaculada Concepcion de la Vírgen á la supuesta de Vénus en la espuma del mar Egeo, la Encarnacion del Verbo Divino en el seno de María Santísima al estupro de Dánae, y la gloriosa venida del Espíritu Santo en lenguas de fuego al impúdico descenso de Júpiter en lluvia de oro sobre el regazo de aquella belleza.

A esta manera de predicar, llamada culta con escándalo del buen sentido, se agregaba la terrorífica practicada por los misioneros al tenor de las *Instrucciones predicables y morales* de fray José Gabarri, entre las cuales ninguna es conducente á inflamar en el amor de Dios los pechos cristianos; pues las palabras que, observándolas á la letra, decian siempre en son de amenaza, las saetillas que cantaban en lúgubre tono, el cuadro que enseñaban al aire libre con la imágen de un condenado y la de un justo, podrian amedrentar las gentes y desviarlas del pecado ínterin se les iba el miedo; mas no poseian virtud para inclinarlas á que adoraran al Señor de todo lo criado por sus inmensos beneficios y sus sacratísimos atributos. Con vincular sin alternativa los misioneros en las efímeras conquistas del terror sus victorias, imitaban á los escultores del tiempo, que, al representar las dolorosas y magnas escenas de la Pasion del que vino á redimir el mundo, esmerábanse en procurar que se destacara del cenáculo la figura del traidor Júdas, y del Calvario la del blasfemo Géstas, lográndolo de modo que difícilmente se pára la atencion en Jesus y en sus demas apóstoles y en Dímas, y se muda la impresion de espanto en fervor de tristeza, en presentimiento de consolacion y en arrobamiento de ternura: y ¡es muy singular que miéntras en nombre de la fe y con mengua de la caridad ardian continuamente las hogueras inquisitoriales, fueran para España llegados los dias en que los sembradores de viento cosecharan solo torbellino, en que los pueblos padecieran hambre y sed de la palabra santa, y en que los párvulos demandaran pan sin hallar quien se lo partiera!

Escritos están é impresos corren sermonarios sin cuento: el *Florilogio Sacro*, en cuya portada se llama frondoso Parnaso á la Iglesia y fuente Aganipe á Jesu-

cristo; *El César ó nada y por nada coronado César*, *San Félix de Cantalicio*, y *Ecos sin voz y voz en ecos de nada*, donde se vanagloría el autor de tener de su parte á los discretos y de no escribir para rudos; el que se titula *Trompeta evangélica, alfanje apostólico y martillo de pecadores*, aunque es ciertamente de los ménos altisonantes: escritos están é impresos corren sermones sueltos á centenares con los epígrafes de *Misteriosas cítaras y sonoras cifras de voces*, *Ecos sacros de alternados conceptos*, *Fúnebres encomios y oraciones declamatorias*; sermonarios y sermones que, leidos, hacen perder la gravedad al más adusto, y que, meditados, ruborizan y afligen al ménos devoto, y mayormente viéndolos autorizados con multitud de censuras y aprobaciones de religiosos muy condecorados, pródigos al par en tributarles alabanzas de que solo serian merecedores los Jerónimos y los Agustines.

Aunque llevando sobre la frente el sello de la universal epidemia, y ostentando un esplendor semejante al de los relámpagos, que, en vez de iluminar, ofusca y deslumbra los ojos, ya el jesuita Vieira, en sus sermones cuaresmales, y el obispo de Cádiz, Báreia, en sus *Despertadores*, habian intentado á fines del siglo XVII rescatar la Oratoria Sagrada del cautiverio del culteranismo; pero, cual si los alzaran en vastos desiertos, sus clamores se apagaron sin eco alguno. Tuviéronlo por dicha más tarde en Macanaz y Feijoo, cuyos nombres son familiarísimos en todo el orbe civilizado: al demostrar aquel que *estando la religion segun merece, está la monarquía como se debe*, exhortaba á Felipe V á segregar del púlpito los profesores poco sabios que, aliados con la barbarie de sus discursos, declinaban ó se apartaban del Evangelio, y fertilizaban sus sermonarios con inconsecuencias vituperables, escandalosos temas, y proposiciones notoriamente erróneas, torpes y audaces: este aconsejaba á los

religiosos entendidos orar siguiendo á los antiguos, de suerte que el sermon tuviera todos los primores de eficaz, elegante, metódico y erudito, aunque los predicadores vulgares siguieran el ripio de sus puntos, sus piques y repiques, sus preguntas y respuestas, sus reparos y soluciones, sus mases, sus porqués, sus vueltas y revueltas sobre los textos, y, lo que era peor de todo, las alabanzas de sus propios discursos. Instigado Mayans y Síscar por igual sentimiento, daba á luz un libro de utilidad suma, titulado *El Orador cristiano*; y el primero de nuestros Borbones demostraba patente anhelo de que se extinguieran tales abusos, erigiendo á instancias del Marqués de Villena la Real Academia Española, para que limpiara, fijara y diera esplendor á la rica, eufónica y majestuosa lengua de Cervantes.

Sin embargo, todo un Feijoo, nacido para desterrar errores comunes y para ser el Colon de su tiempo, dotando con un nuevo mundo intelectual á España, habíase ajustado en el ministerio de la predicacion al uso corriente; y *El Mercurio cristiano*, panegírico hecho por el académico fray Antonio Ventura de Prado en las honras del que fundó esta Corporacion preclara y la dirigió por espacio de un cuarto de siglo, adolece superabundantemente de todos los vicios que mancillaron la Elocuencia Sagrada, y contrasta de una manera muy notable con el elogio histórico del mismo dignísimo prócer, leido en junta particular de la Academia por D. Blas Antonio Nasarre, y ya muy limpio de hojarasca de emblemas y de algarabía de vocablos.

Limitado como es el *fiat* humano, solamente á la larga da fruto, y ántes de que lo produjeran las semillas echadas para que retoñaran la pureza de la doctrina y el gusto literario, era menester arrancar de raiz las preocupaciones, porque los ministros evangélicos ignorantes,

despues de ceder sin resistencia á degradacion tan deplorable y de infestar los auditorios, se oponian al restablecimiento de lo antiguo, calificándolo de nuevo; los ministros evangélicos inteligentes, á semejanza del padre D. Nicolas Gallo, si purificaban en mucho la sustancia de sus sermones, no se atrevian á despojarlos por completo del abigarrado ropaje de moda; y los ministros evangélicos mediocres se ladeaban hácia los corruptores permanentes del púlpito, sin atrevimiento para hacer cara á la pasajera mofa de quienes se interesaban por la duracion de un sistema en que la imaginacion hacia la costa y el buen juicio andaba de huelga, y en que, con hojear unos cuantos librotes, estaba por demas el estudio y se pasaba plaza de sabio. Duele decirlo; pero hay llagas tan hondas que resisten al bálsamo y necesitan del cauterio.

Poco despues de mediar aquel siglo, un hombre de espíritu generoso, el padre José Francisco de Isla, esgrimia á favor de la buena Oratoria Sagrada las armas usadas contra los libros de caballería por el ilustre manco de Lepanto. Citar á estos dos ingenios juntos no equivale á parangonarlos de ningun modo; nadie, por corto de vista que sea, confunde la luz del gas con la del sol, y un grano de arena con los Andes. Ni esto disminuye el renombre del padre Isla, ni aminora el crédito de la *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas*, impresa en sazonadísima oportunidad y recibida con estrepitoso y legítimo aplauso. *Fray Gerundio* era un tipo que se encontraba al revolver de cada esquina, y al asomar por todo convento de frailes; á quien se oia tal vez en las plazas, y de seguro en cualquiera funcion de iglesia; tan de bulto se mostraba el original del bien parecido retrato, que el más rústico le conocia al golpe y le señalaba con el dedo..... No maravilla que la primera

edicion se despachara en brevisimas horas, ni que llovieran folletos contra el autor y el libro, ni que á las puertas del Santo Oficio se atropellaran los delatores heridos en el amor propio; sí causa extrañeza, como decia fray Francisco Ajofrin, capuchino y lector de teología en el Pardo, que los religiosos se ofendieran tan agriamente de un soñado fray Gerundio y no echaran de ver tantos Gerundios, no fantásticos sino reales y efectivos, como ellos mismos abrigaban con su mal ejemplo, diferenciándose grandemente en que aquel se vendia por fabuloso, y estos se apreciaban como evangélicas verdades; y todavía asombra más que el Consejo de la suprema y general Inquisicion prohibiera al fin el *Fray Gerundio* por contener proposiciones sediciosas, mal sonantes, *piarum aurium* ofensivas, injuriosas gravemente á las sagradas religiones y predicadores del Santo Evangelio, con irreverencia y abuso de la Escritura. ¡Fallo inconcebible y capaz por sí solo de desconceptuar á un tribunal que permitia á los predicadores hacer de ventrílocuos, fingiendo entablar diálogos con los espíritus infernales, y aterrar con crujir de cadenas, y encender faroles para buscar las almas perdidas, y hachas para figurar como que se quemaban los brazos! ¡Fallo notoriamente injusto, miéntras corrian sin estorbo sermones parecidos á los del Descendimiento con visos de farsa de teatro; á los de la *Funcion de enemigos*, donde se violentaban las reconciliaciones á compas de tremebundos anatemas; ó á los de la *Funcion de juramentos y maldiciones*, en que los misioneros y los fieles salian por las calles dando *vivas* y *mueras* como asonados ó dementes! Espectáculos de esta clase, que lastiman la fe, sublevan la razon y repugnan al espíritu y letra del Evangelio, estaban autorizados por los mismos inquisidores, que unánimes dirigian su ardor fanático á interceptar la única vereda que podia conducir

al sendero trillado por los Villanuevas, los Osunas, los Oñas, los Rivadeneiras y los Chaides, habiéndose ya experimentado todas las demas sin salida. Afortunadamente no estaba en mano del Santo Oficio parar el golpe descargado por el padre Isla sobre los profanadores de la Oratoria: su libro, circulando más de dos años desembarazadamente de lugar en lugar, y de casa en casa y de individuo en individuo, habia deslindado ya los opuestos campos: en el uno se hallaban los religiosos de extensas luces con todo el pueblo; en el otro los que no tenian caudal para salir de la condicion de Gerundios, desgañitándose furiosos entre escaso número de oyentes.

Los tempranos efectos del cambio operado al instante por el libro del padre Isla, se tocan en la oracion fúnebre dicha en las honras de D. Agustin de Montiano y Luyando, el Marqués de Villena de la Real Academia de la Historia: túvola á cargo fray Alonso Cano, miembro de la misma, y cabalmente trinitario calzado ni más ni ménos que el que veintisiete años ántes hizo el panegírico del fundador de la Real Academia Española. Luyando y Cano habian estampado su nombre al frente del *Fray Gerundio de Campazas*, en carta particular el primero, al pié de la censura eclesiástica el segundo, y ambos en el sentido de ser la obra uno de aquellos felices pensamientos que sugiere por último arbitrio el apuro ó el despecho, en lances apretados, viendo frustrados los medios más directos y propios, é infecundas las amonestaciones ligeras y suaves; no era de recelar por tanto que la voz del uno vibrara enfática y desentonada sobre las cenizas del otro. Fray Alonso Cano habia ocupado el púlpito veinte años, y dejándolo de ocupar otros veinte, figuraba como espectador silencioso entre los últimos extravíos y los primeros aciertos de los oradores cristianos de su patria y siglo, cuando no pudo ni quiso excusarse de ren-

dir el tributo postrero á la digna memoria del Director de su Academia. Y se lo rindió positivamente lleno de nobleza y ternura, no dedicándole aquellos encarecimientos pomposos con que el predicador poco instruido de su ministerio se convertia en un declamador profano, sino siguiéndole de virtud en virtud hasta ver en Sion al Dios de los Dioses; no reproduciendo el árbol genealógico de su abolengo para dar bulto á una nada, que ya habia dejado de ser, con otra nada de más antigüedad, sino recordando la integridad de sus costumbres, la aplicacion á las obligaciones de su empleo, la profusion de su corazon para hacer bien á todos, y el fondo de probidad que rebosaba en su conducta. Bajo este plan sencillo y verdaderamente religioso, armoniza el arte con el ingenio, mezcla citas de la Escritura con reflexiones muy al caso, y compone una oracion muy recomendable, ya que no perfecta, porque dista de serlo toda obra humana, y tambien porque se notan resabios de pésimo gusto; como que los primeros pasos en la restauracion de la Oratoria Sagrada Española fueron dados por aquellos á quienes se habia inoculado desde la infancia el vírus del culteranismo, y no es hacedero mudar de inclinacion y costumbre como de morada y vestido. Y tan es así, que el mismo fray Alonso Cano, que en 1757 aprobaba la *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas*, reimprimia en 1766 y dedicaba á la Real Academia Española las *Oraciones evangélicas* del religioso de su misma órden y hasta de su convento, fray Hortensio Félix Paravicino, aun confesando que *habia dado cuartel á las sutilezas escolásticas y al abuso de las alegorías*, y obstinándose, de consiguiente, en jugar sin aprension con el veneno, despues de haber ya descubierto y aun saboreado la tríaca.

En plausible y piadosísima competencia avivaron los

prelados con el ejemplo de sus sermones ó la doctrina de sus pastorales el buen sesgo que por instantes iba tomando la Oratoria Sagrada. Climent, no bien llegado á Barcelona, subia al púlpito de su catedral y edificaba al auditorio con su candorosa modestia ; poco despues hacia traducir la *Retórica eclesiástica* de fray Luis de Granada, que vino á ser libro de texto en los seminarios conciliares, y encabezaba la impresion, reproducida muchas veces, con una pastoral en que abundan máximas de óptima ley sobre religion y literatura : Lorenzana, trasladado de la silla arzobispal de Méjico á la de Toledo, reprobaba que los predicadores mostraran al pueblo calaveras y espectros de condenados; les impelia á desechar raciocinios pueriles y á limitarse á la simple explanacion de los textos evangélicos en plática elocuente y pulida: don Felipe Beltran, ántes de ser inquisidor general, mandaba traducir é imprimia á su costa la *Historia de los Seminarios clericales* del palermitano Giovanni, y escribia pastorales de mucho nervio sobre el digno ejercicio de la predicacion en su diócesis de Salamanca. Bocanegra y Jibaja, obispo de Guadix, y luego arzobispo de Santiago, que en la cuarta dominica de la cuaresma de 1755 habia demostrado la obligacion en que están los ricos de hacer limosnas, y los oradores evangélicos de predicar bien la santa doctrina, se expresaba á los veinte años en la pastoral que puso al frente de sus sermones con estas textuales palabras : «Lo que digo en el sermon de la dominica »cuarta de cuaresma en órden á los que ejercen el mi»nisterio de la predicacion, no se debe entender ya en el »dia con la generalidad que allí suena. Entónces habia »muchos predicadores en quienes se notaba aquel abomi»nable carácter que allí se pinta. Hoy está muy reforma»do en nuestra nacion el sagrado ministerio del púlpito.» Tras estos datos, sobre prolijo fuera ocioso enumerar

todo lo que hicieron los mitrados españoles por el brillo de la Oratoria.

Ya no iba al hilo de la corriente quien no cooperaba á este buen fin con su poder, su ilustracion, su voluntad ó su aprobacion, segun su capacidad y su clase. El gobierno consolidaba la árdua victoria mejorando los estudios en las escuelas universitarias, y promoviendo igual reforma en las comunidades monásticas y en los seminarios conciliares: la Real Academia Española sobresalia en el empeño, perfeccionando la Gramática y el Diccionario, y estableciendo premios para estimular á la juventud al cultivo de la elocuencia y de la poesía, en 1777; año que jamas echaré en olvido por la doble circunstancia de ser en el que vino al mundo el varon señalado que llevó al cuello la medalla que ha de condecorarme, y por tenerle tambien grabado en otra que gané en público certámen y es á todas luces mi ejecutoria literaria: los particulares imprimian libros adecuados á popularizar la antigua oratoria; Capmani, con la *Filosofía de la elocuencia*, y más tarde con el *Teatro crítico* de la Castellana; Sanchez Valverde, con *El Predicador*, tratado en que se determinan los abusos del púlpito y los medios de su reforma; don Pedro Antonio Sanchez, con el *Discurso sobre la elocuencia sagrada española*; Soler de Cornellá, con el *Aparato de elocuencia para los sagrados oradores*, ponian al comun alcance los tesoros de nuestra literatura mística, y testificaban concordes que, sin ser blanco de la befa del mismo vulgo, ya nadie se prendaba de los originales del Fray Gerundio de Campazas; y coincidian igualmente en asegurar que la cátedra sagrada habia recuperado en España la persuasion evangélica, la caridad apostólica, la energía profética y la dignidad oratoria.

Adviértese ya este progreso aun ántes de que se posesionara del púlpito la nueva generacion de predica-

dores: sin pasar del año 1775 se pueden citar con encomio el sermon panegírico de San José Calasanz, dedicado por el padre Felipe Scio al arzobispo Lorenzana; y el que fray Anselmo Avalle pronunció en las honras de fray Martin Sarmiento, sacando del libro de los Proverbios el tema, y aplaudiendo que los sabios escondan la sabiduría; si bien no satisface á los amantes de ella que monje tan erudito y laborioso ocultara con tenacidad la suya, y más cuando en el opúsculo donde manifiesta *El Por qué sí* se estaba metido en su celda y *El Por qué no* publicaba sus libros, se percibe que la causa principal consistia en la repugnancia á sacrificar su propio reposo.

Años despues brillaban dos excelentes oradores, fray Francisco Armañá y don Antonio Tavira, aquel ya obispo de Lugo, y este que habia de serlo de Canarias, celebrando el feliz nacimiento de los dos gemelos del Príncipe de Asturias y la honrosa paz que fué ajustada por entónces. Particularmente el sermon de Tavira, prez de esta Academia, es una hermosa pieza oratoria por el espíritu cristiano, el buen método, la sana crítica y el decir elegante, al demostrar que todos trabajan en vano, si Dios no bendice sus fatigas; al ensalzar los beneficios de la paz y las ventajas de la última sobre la de veinte años ántes; al exhortar á uno de los regios vástagos á que fuera apoyo de su hermano que se habia de ceñir la corona, y á este á que no olvidara jamas que entre verde oliva tuvo la cuna, debiendo hacer sus conquistas en el vasto espacio del corazon de sus vasallos, para gozar la mayor gloria y felicidad cuando ellos le miraran como padre; y no se oyera otro nombre por calles y plazas; y lo pronunciaran como símbolo de consuelo los pobres, los huérfanos desvalidos y las viudas desamparadas; y se lo enseñaran de vuelta en el hogar el labrador y el jornalero á sus hijos como prenda de su esperanza y entre

sollozos de ternura. Leyendo esta oracion bellísima bajo todos conceptos, y recordando la imponderablemente estrafalaria que dijo en el Real convento de San Gil, con motivo análogo, fray José de Jesus y María el año 1707, al nacimiento de Luis I, se experimenta una sensacion tan consoladora como la que disfruta el náufrago al llegar á seguro puerto despues de sufrir recios temporales; no cabiendo ningun otro parangon entre ambos discursos que el que se podria establecer, por valerme de un símil exactisimo, si material, entre el chabacano fróntis del Hospicio y el buen aire de la estructura del Museo.

Al fallecimiento del soberano memorable, bajo cuyo reinado se efectuó esta beneficiosa mudanza, no hubo un librero que coleccionara varias oraciones de las pronunciadas en sus honras, al modo que á la muerte de Felipe II; pero hubo muchos que las publicaran sueltas, y el que las junta diligente se regocija considerando que, si á últimos del siglo XVI iba en declinacion visible la Oratoria Sagrada, florecia en auge á fines del siglo XVIII. Fray Manuel de Espinosa, franciscano, el padre don Antonio Torres, de la congregacion del Salvador, y el presbítero don Lorenzo Irisarri, ante el Ayuntamiento, la Hermandad del Refugio y la Sociedad Económica de la Corte; el agustino fray Andres del Corral, en presencia de la vallisoletana; el jeronimiano fray Nicolás Porrero, en el monasterio del Escorial; el benedictino fray Isidoro Alonso, en la capilla de San Jerónimo de la Universidad de Salamanca; el dean don Joaquin Carrillo Mayoral, en Lérida; el doctor don Antonio José Navarro, en Baza; el canónigo magistral don Juan Cruz Ruiz de Cabañas, en Búrgos, fueron otros tantos ecos de las virtudes y glorias de aquel príncipe augusto, por quien gemia España á coro: todos se distinguieron como respetables ministros del altar, súbditos afligidos y oradores dignos

de loa, sin exceptuar al mínimo fray Antonio María Isola, que hizo igual panegírico en su convento de Málaga, ante la Junta de Reales obras, aunque al pronto se tema que llegue á desafinar el concierto de tan bien acordadas voces, notando que titula el discurso, *Olorosa y dulce memoria del Señor Don Cárlos III, rey de España, en el simil de la miel y de los aromas*; y todos ellos, sin saber el uno del otro, coincidieron pasmosamente, y cual si se hubieran dado la seña, en escoger los mismos seguros testimonios para legitimar la apología del célebre rey, y derramar lágrimas y bendiciones sobre su tumba.

Allí describen exactamente su piedad, repitiendo lo que solia decir por estas sencillas palabras : «No hay »cosa mejor que lo que dispone el Amo, y Dios es el me»jor padre de familias; en la farsa del mundo me ha to»cado el papel de rey; todo lo que tengo es de Dios, y el »hombre de suyo no es más que miseria:» allí le muestran, con el corazon siempre abierto á las quejas de los oprimidos, los suspiros de los necesitados y las propuestas de todos los que se interesaban en el bien de la patria; firme en la resolucion de gobernar por sí mismo, y de suerte que su voluntad era mandato, su palabra ley, y la ley para todos; vivificando el cuerpo entero de la monarquía con su grande alma, y semejante á aquel árbol de Indias, cuya sombra hace morir á las serpientes y da nacimiento, y verdor y fragancia á las flores.—*A la cabeza de las tropas españolas consiguió arrancar de las garras del Aguila la victoria con que ya volaba*, dicen para elogiar su serenidad de ánimo en Velletri.—*Siempre tuvo el corazon en los labios*, expresan para hacer constar la veracidad inalterable de su palabra.—*Parecia que, á semejanza de Job, tenia hecho pacto con sus ojos para no fijarlos en ningun objeto profano*, claman explicando la limpieza de sus costumbres.—*Al fin de sus dias le retiró el Señor*

el aura suave de los placeres, y le dejó únicamente los desconsuelos y las amarguras, pronuncian al compendiar sus dolores en el postrer mes de su vida. Y luégo que matizan con tintas de igual colorido y viveza el cuadro fiel de reinado tan venturoso; luégo que lo ilustran fundados en mejores noticias, y usando de crítica más selecta, y llevando miras más altas que Francisco Becattini y William Coxe, únicos historiadores de Cárlos III, cuyas obras circulan impresas hasta el dia; luégo que pintan al monarca vestido de los brillantes adornos de su grandeza, afanoso por la dicha temporal de sus vasallos, y en el ejercicio de la suprema autoridad, que distribuia gozosamente los premios y economizaba con misericordia los castigos; retrátanle despojado de las ideas terrenales, suspirando por la salvacion eterna, sumiso y edificante en el lecho, sereno y magnánimo en la agonía, y santo en la muerte, con expresiones tales, que, á distancia de aquellos tiempos, y aun perdiendo su natural vigor en mis labios, solo con repetirlas hoy, las lágrimas de los que me escuchan se les irian por los ojos. ¿Qué prueba mas auténtica de lo que vino á ser la Oratoria Sagrada española en el siglo XVIII?

Si, dando vueltas al círculo vicioso de espigar tras de los franceses de lo que ellos segaron de la sementera de nuestros mayores, hubo religiosos que leyeran á Bossuet, Massillon y Bourdalue con artificio de plagiarios, y que descoloraran sus ideas y viciaran al par el idioma y el estilo castellano con neologismos y recortes de frase, húbolos que los estudiaran como datos de que aun imperaban en el púlpito la sublimidad, la uncion evangélica, la afluencia y la solidez de argumentos para corroborar la santa doctrina, cuando estuvieron tristemente olvidadas por los ministros del Señor en la católica nacion española. Y ellos propalaban con los opimos frutos de la pre-

dicacion suya que España seguia mereciendo el timbre incomparable de primogénita del catolicismo, miéntras en Francia no habia mas altar que la guillotina, ni más sacerdocio que el del tribunal revolucionario, ni más deidad que la razon representada por una prostituta. ¡Simbolizacion maravillosamente providencial, no obstante el frenético desvarío que revela, porque prostituta es la razon que, desnuda de fe, persiste en renovar la desatentada empresa de los Titanes, sin que escarmiente tras tanto andar á tumbos, y caer por derrumbaderos, y precipitarse en abismos!

Sí, señores: miéntras Francia, reducida á la situacion más aciaga, libraba su única ventura en que saliera el órden de los cuarteles, para aherrojar la libertad que se revolcaba por las calles, tenia España miembros del Clero secular y regular que sobresalieran en el arte de la Oratoria Sagrada, como en el de la construccion Villanueva y en el de la pintura Goya, y cuyos sermones hicieran juego literario con la castiza prosa de Jovellanos, las deleitables comedias de Moratin y las magníficas odas de Quintana. En lenguas de ancianos, que ni leer supieron nunca, andan todavía los nombres popularísimos de fray Diego de Cádiz, que competia con Estella en pintar la vanidad del mundo, y de su compañero fray Miguel de Santander, que atraia á las gentes al asilo de la penitencia con la inefable dulzura de la madre que enseña á andar al tierno hijo, cuya débil planta vacila, y le ofrece el ósculo de su boca, animándole para que salve la corta distancia que le separa de sus brazos. Por circular diseminadas no se avaloran en lo que merecen oraciones fúnebres como la de fray Vicente Facundo Lavaig, presentando al diplomático Fernan-Nuñez por dechado de hombres públicos y padres de familia; la de fray José Ramirez, ciñendo al capitan general del reino de Grana-

da, Bucareli y Ursúa, la corona debida á una senectud consumada en los caminos de la justicia; la del individuo de la Real Academia Española, don Francisco Patricio Berguizas, alabando á su director el Marqués de Santa Cruz por haber obrado lo bueno, recto y verdadero delante del Señor su Dios á semejanza de Ezequías; y la que se pudiera llamar el canto del cisne del individuo de la Real Academia de la Historia don Joaquin Traggia, augurando á la memoria de su Director Campomanes, para cuando cesara la envidia, mayor grandeza bajo la cuádruple consideracion de buen cristiano, celoso patricio, eminente jurisconsulto y eruditisimo literato. De la misma escuela traian su orígen el señor Posada Rubin de Celis, á quien hemos conocido todos, y que en unas honras militares celebradas el año 1805, predicaba como inspirado por el espíritu de los profetas, estimulando el honor y la bravura de los vivos con el brillante ejemplo de los finados; don Mariano de Lope, que, viendo á los franceses próximos á caer sobre Zaragoza, dirigia á sus briosos naturales desde el púlpito de San Pablo un exhorto de imposible lectura, para quien haya nacido bajo el sol de España, sin que la sangre se le agolpe rápidamente al corazon, y sin que el rostro exprese la indignacion por el engaño, y la altivez del patriotismo; y don Nicolas Antonio Heredero y Mayoral, que, llorando sobre las víctimas de los dos sitios padecidos en aquella ciudad no vencida por armas, y haciendo justa remembranza de su heróica prepotencia, no abatia el valor de sus compatriotas, sino que los estimulaba á desafiar á la muerte por encumbrarse á la inmortalidad cumpliendo las estrechas y dulcisimas obligaciones que contraemos desde la cuna.

Aun quedan, por dicha, en la Real Academia Española dos sacerdotes cuyos estudios radican en el si-

glo XVIII, y en ellos hemos visto demostraciones inequívocas del grado supremo de prosperidad con que frisaba ya la Elocuencia Sagrada: uno, que me escucha, y no habla hoy á nombre de la Corporacion toda, porque ha estado á punto de perder la voz con la vida, despues de atraer á su parroquia, al reclamo de la elegante sencillez en divulgar el Evangelio, numeroso concurso de las poblaciones aledañas, venia á la Real Capilla de Palacio á explicar el sublime texto que nos enseña como *no solo de pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios*, en el sentido de que los cristianos tienen obligacion de cultivar su entendimiento para perfeccionarse en el mundo y alcanzar la gloria que jamas acaba: otro, que vive ausente, y cuyo renombre oratorio data de años, lo robustecia más y más no hace mucho, *siendo equivalente á todo un sermon*, segun cierto dicho feliz, *su presencia en el púlpito* de la Santa Iglesia de Sevilla, pues iba á predicar la paz en favor de los que le atribularon sañudos, al dar gracias al Dios que pacifica las naciones por haber permitido que, abrazados fraternalmente, doblaran todos los españoles la rodilla ante el solio de nuestra amada Reina.

Y fuera inexcusable citar sacerdotes que viven de los educados en el pasado siglo, y hasta la Santa Iglesia de Sevilla, y omitir al prelado venerable que, revestido con la sagrada púrpura, mantiene el lustre de la mitra de San Leandro, y más no habiendo enmudecido todavía para sus diocesanos aquella palabra que, tiempos muy atras, sonaba elocuentísima en la catedral de Sigüenza. Cuatro no más son los sermones suyos impresos, y contienen un cuerpo admirable de doctrina: el triunfo del don de la Gracia, vaticinado por Joel y cumplido con la venida del Espíritu Santo, como que asegura la conversion del mundo; la infalibilidad y eterna duracion de la

Iglesia Católica, digna exclusivamente por esto de que el entendimiento humano la crea y acate; el dogma de la inmortalidad demostrado por la resurreccion de Jesucristo; la impotencia de la moral para inspirar amor á la virtud sin el santo temor de Dios y la esperanza de la gloria, único y sumo bien capaz de satisfacer los deseos infinitos de nuestras almas inmortales, asuntos son que no se conciben sin privilegiada fuerza mental, ni se profundizan sin gran penetracion de juicio, ni se desenvuelven en plática breve y no confusa por quien no se halle muy versado en la filosofía y en las divinas letras. Inspiracion, profundidad y suma claridad en la concision recomiendan sobremanera estos sermones en la sustancia: excelencia de plan, unidad de pensamiento, elocucion de naturalidad majestuosa, y exquisita gala de estilo, son cualidades que les añaden brillo en la forma. Nada parece traido á ellos para ostentacion del ingenio propio, y su distintivo especial consiste en la argumentacion robusta, enérgica y predominante que allí campea, lidia y triunfa; distintivo muy suficiente á probar á las claras que quien tal obra está muy al cabo de que la tarea del ministro apostólico es no solo enfervorizar á los tibios, sino convencer á los incrédulos en la edad presente, que se nutre de controversia y la necesita á todo pasto.

Por entre densisimas nieblas se vino á parar á tanto esplendor en el siglo de nuestros padres, atravesando muy laboriosamente lo que distan la escolástica sutil de la buena filosofía, y la confusion que aburre de la claridad que embelesa; haciendo resaltar la desemejanza entre el ímpetu de imaginaciones desenfrenadas como los rios que salen de madre y, derramados por sus márgenes, anegan juntamente los sembrados y la maleza, de la serenidad de los espíritus prepotentes y

parecidos á los raudales que, sangrados por acequias y canales, moderan su curso, fertilizan los campos y facilitan las comunicaciones de los pueblos; señalando por gradacion lenta lo mucho que va del adorno recargado al atavío decoroso, de la erudicion mal digerida al estudio bien sazonado, de la aparatosa y casi profana perorata, que tal vez entretiene y se aplaude, á la oracion digna y cristiana, que de cierto cautiva al par que instruye, y en suma, del trinitario Paravicino al cardenal Romo y Gamboa. Un paralelo entre ambos seria el epílogo natural de mi discurso; pero, aun cuando supiera no cansar la paciencia del respetabilísimo auditorio, vedaríamelo siempre la imposibilidad absoluta de proseguir en tono grave, habiendo, por ejemplo, de tropezar con la glosa que hizo de las bienaventuranzas, á presencia de Felipe IV y su corte en la festividad de Todos Santos, aquel á quien se denominaba, al estilo del tiempo, *el predicador de los reyes y el rey de los predicadores.* Y ni sé propender al género festivo, ni debo aventurarme á ensayarlo en el acto solemne que ha de acabar por decorarme con la gloriosa investidura que pone toda mi gratitud en juego y toda mi ambicion en perfectísimo reposo.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

DISCURSO

DE

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Señores:

Censurando Gracian los varios y comunes desaciertos del vulgo, describió en su *Criticon* una plaza, donde repartida en corros multitud de personas de toda clase, los soldados murmuraban de los jueces, labradores daban su voto en materias de tráfico, un estudiante imponia leyes á la milicia, ponderaba el seglar la sujecion del sacerdote, y el eclesiástico la soltura del lego, saliéndose cada uno de su lugar para invadir el de su vecino, discurriendo y fallando todos cabalmente sobre lo que estaba ménos á sus alcances. Frecuentadores de aquellos corrillos pareceremos, no sin causa, nosotros, que, extraños á la ciencia del púlpito, venimos á examinar á vista de la Real Academia Española y de este respetable Concurso cómo desempeñaban en el siglo pasado su

ministerio los que en el templo de Dios eran voz de su ley para la católica España. Pero en estos breves ensayos, nuestra tarea casi no es de crítica sino de historia: referimos hechos que no admiten duda, y los calificamos como ya fueron calificados por más de una autoridad competente; sobre la parte moral, sobre la cuestion de doctrina, guardamos el debido respetuoso silencio. Dedicarse hoy á semejante asunto el Sr. D. Antonio Ferrér del Rio nace solo de que hallándose ocupada su pluma con el reinado feliz de Cárlos III, le era preciso trazar el cuadro de la elocuencia española en aquellos dias y tomar el hilo de la narracion desde épocas anteriores. Considérese el discurso del Sr. Ferrér como un capítulo de la historia que nos prepara, y no habrá quien le culpe de temerario porque deslinda hoy lo que no pudiera ménos de reconocer y medir mañana. Mi justificacion todavía resulta más fácil. Encargado de contestar al señor Ferrér un docto eclesiástico, grave enfermedad súbita se lo estorba; me manda la Academia sustituirle, y yo la obedezco. Diez y ocho años de amistad inalterable con el Sr. Ferrér bien merecen que se sacrifique por mi parte cualquiera especie de vanidad, y no repare en si se aumenta con este la numerosa lista de los folletos insustanciales, producidos por la buena fe.

Hijos de ella serian los elogios que tributase aquí á los escritos con que el Sr. Ferrér ha conquistado el puesto de donde el brazo de la muerte arrancó al ilustre Don Juan Nicasio; pero los opúsculos críticos y biográficos del Sr. Ferrér, su historia de las Comunidades de Castilla y el exámen de la turbulenta dominacion de don Pedro, obra que há dos años premió la Academia con una medalla y hoy agracia con otra, viven harto bien quistos en la república de las letras, y no necesitan recomendaciones de amigo.

Ménos las reclama el discurso que habeis escuchado. No alcanzándoseme nada en contra; no debiendo repetirle mal en son de aprobarle, me propongo robustecerle con pruebas. Citas excusadas por el Sr. Ferrér adrede, para no afear la primera parte de su razonamiento, formarán el cuerpo del mio, procurando escoger las ménos ajenas de este lugar, prefiriéndolas por buenos respetos á otras más conducentes á mi propósito.

Extrañeza notable hubo de causar á Felipe V el primer sermon á que asistió en España, suponiendo que lo entendiese. Aquel rey tan frances que no acertó á llevar la golilla española con que ahí se le ve retratado; aquel jóven de entendimiento claro, de fino gusto, aquel en cuyos oidos resonarian aun los acentos de Massillon, ¿qué pensaria de sus nuevos predicadores, faltos casi siempre de uncion y dignidad, faltos de verdaderos afectos de hombre, sin arte y sin tino? Rara anomalía, señores! Era el clero español entrañablemente religioso; y los predicadores de España no sabian explicar un misterio sin rebajar su grandeza: eran doctos á su manera nuestros oradores; y al dirigirse á los fieles olvidaban que la palabra de Dios debe repetirse como el Señor la dijo: la devocion á los santos en ningun país habia cundido más fervorosa que en nuestra península; y en las oraciones de panegírico no parecia sino que se empeñaba cada orador en realzar las acciones ménos recomendables para el ejemplo: amaban, en fin, los eclesiásticos españoles á su patria, á su rey y á los hombres eminentes que daban gloria al pueblo; y sus ojos, al parecer, no tenian lágrimas para una calamidad pública, ni su corazon júbilo para una victoria: nacia un príncipe, y no sonreian con el niño: fallecia un varon ilustre, y disertaban impasibles ó forzadamente dolidos ante las cenizas del héroe, del sabio, del justo. Sentian aquellos hom-

bres? Como nosotros; pero valíanse de una pauta para expresar sus sentimientos, que apénas les dejaba manifestarlos con leves indicios : viciado el medio de expresion, viciados y desconocidos salian, como se desentona en el hueco de la bocina la voz más grata. El cuerpo de los moradores de Nínive no era diferente del nuestro; no obstante, las figuras de sus bajos relieves suelen mostrar los dedos mayores de ambos piés hechos á un mismo lado: lo mandaba así entónces el capricho del arte, y el escultor asirio, en vez de inclinar la vista y copiarse á sí propio, se fatigaba en imitar un simulacro infiel, calumniador triunfante de la sábia naturaleza.

Disputa el Archiduque la corona de España á Felipe V, que le vence en las llanuras de Almansa; celebra la villa de Caspe el triunfo, y convirtiéndose en catedrático de botánica el orador que predica en la fiesta, reduce su sermon á solos dos puntos: en el primero trata de la rosa, y en el segundo, de la azucena: ¡dos flores y no otra cosa más halló en el sangriento campo de la batalla (1)! Despues de seis años de matrimonio, logran Felipe y María Luisa Gabriela el fruto de bendicion deseado; solemniza la corte el nacimiento del príncipe Luis; y atribuyendo un predicador al patrocinio de San José tan feliz suceso, dice lo siguiente, aplicando al Patriarca lo que en el Cantar de los Cantares entendemos de Cristo y su Iglesia. «Llenas de jacintos decia la Esposa »que estaban las manos de su querido Esposo, *manus ejus* »*aureæ plenæ hyacinthis*; y se ofrece luégo la duda si son »jacintos flores ó jacintos piedras: de estas lo entiende

(1) Triunfos del soberano Dios de los ejércitos, protector singularísimo de nuestro gran monarca Felipe V, accion de gracias por la insigne victoria que consiguieron las armas de S. M. en las llanuras de Almansa: por el R. P. M. Fr. José Gaudioso Chía. Zaragoza, 1707.

»Gislerio, de las flores lo explican Casiodoro y Beda. ¿Flo-»res en manos de José! Sí. Y ¿flores jacintos! Tambien. Y »por qué razon? Dióme la noticia Plinio. En la flor jacinto »se hallan escritas dos letras (*AI*), caracteres que dibujó »en sus hojas la sangre violentamente vertida del varon »Ayax y del niño Jacinto, como lo fingen los poetas y »cantó en sus Metamorfosis Ovidio: *Et* AI *flos habet ins-»criptum.* Luego decir que mi Patriarca tiene las manos »llenas de flores jacintos es lo mismo que decir las »tiene llenas de AHÍ HAY. La consecuencia es legítima, »porque *ahí hay* cuanto se busca. Se desea salud? Pues »ahí hay. Se piden lluvias? Pues ahí hay. Se solicitan pa-»ces? Pues ahí hay.... Es José compendio de todos los »beneficios, mapa de todos los favores y cifra de todos los »alivios (1).»

Vaticina luégo el predicador que el nuevo príncipe ha de ser un leon valeroso, y se pregunta si será tambien vigilante. «Quién puede dudarlo? responde. ¿No es galo, »ó gallo, por su ascendencia? Así es cierto. Y el gallo, »segun Alciato, no es símbolo de vigilancia? En que no »hay duda; y lo cantó Ovidio en sus Fastos:

»*Nocte Deæ noctis cristatus cæditur ales,*
»*Quod tepidum vigili provocat ore diem.*

»Luego nuestro príncipe no puede dejar de ser vigilante; »y siendo, como hemos dicho, juntamente leon, síguese »que tendremos una perfecta custodia, y que caminará »bien.... Alcemos pues los españoles el gallo; que otro »gallo nos cantará.»

Si en el año 1707 se oian en Madrid sermones como

(1) Oracion panegírica y rendidos cultos que en obsequio del glorioso patriarca S. José consagra una devocion afectuosa en haciamiento de gracias por el feliz nacimiento de nuestro serenísimo príncipe Luis el primero, que Dios prospere. Díjola el Rmo. P. Fr. José de Jesus María. Madrid, 1708.

este, nadie extrañará que por el mismo tiempo se predicara junto á Sevilla otro, más indigno del púlpito, aunque por diferente concepto. En un elogio del venerable fray Juan de S. Francisco, jeronimiano, varon de superiores virtudes, y rara destreza en el órgano; léjos de ceñirse el panegirista (1) al justo encomio de la penitente vida y habilidad maravillosa del religioso músico, dijérase que se propuso retratar un jayan de romance, amigo del dinero, de la rica mesa y aun de las damas, colérico y atroz cual un cómitre de galera. «Venir (dijo) »dos ministros de justicia á cierta ejecucion, y atrevi- »dos al sagrado de esta casa entrarse á profanar sus »claustros, cogerlos el padre fray Juan á ambos, meterlos »en su celda, sacar unas disciplinas, hacer que se despo- »jasen y que uno á otro se tuviese, y darles un buen »solfeado, fué hazaña de un Briareo de muchas manos y »muchos brazos; ya los veréis cruzados. Coger, siendo »maestro de novicios, á uno de ellos, tomarlo á solas para »corregirlo, y aunque la tal correccion acá no es usada y »él era ya hombre de bastantes brios, meterle la cabeza »entre las piernas y darle muy buenos azotes, dejándolo »confuso y corregido, fué caso, aunque oculto, bien sonado, »publicando el mismo paciente la valentía del maestro y »la fuerza de sus brazos; ya los veréis cruzados. Faltarle »un sujeto, que se vendia por amigo, al empeño de una »palabra, y asirlo por los cabezones y darle muchas ca- »labazadas contra la pared, fué prueba de su destem- »planza; pero tambien fué prueba de su entereza y de »la fuerza de sus brazos; ya los veréis cruzados. Encon- »tráronlo en estos últimos dias unos religiosos, y al verlo

(1) Idea alegórica de un órgano místico, aplicada á las virtudes del V. P. Fr. Juan de S. Francisco, varon insigne de la Religion del máximo Doctor de la Iglesia, S. Jerónimo: por el R. P. Fr. Francisco de Lara. Sevilla, 1710.

»algo macilento y caido, dijéronle: Qué es esto, fray Juan?
»Ya estamos viejos. Y respondió: Sí, sí; pero lléguenme
»á torcer este brazo.—Pues ¿veis este que no da su brazo á torcer, este Briareo de tantas manos, este Sanson esforzado que quiebra testas de leones, este David guerrero que desquijara osos? Veislo? veislo? Pues veislo aquí hecho un corderito manso. Diré el caso.»

El Auditorio que me atiende benigno, ¿quiere saber el caso con tal ponderacion prevenido por este mal aconsejado panegirista? Pues fué solo que otro fraile llenó de improperios una vez á fray Juan, y fray Juan se marchó sin decirle palabra. Hacerse el sordo quien oye que le hablan recio, no es tan sublime rasgo de mansedumbre que no le hayan repetido muchos, á quienes no se glorifica por ello.

Con el estilo chabacano de infinitos sermones, iguales á las muestras citadas, ofrecia raro contraste el de otros, como el que se predicó en el año 1744 en el Real Monasterio del Escorial, dia de S. Lorenzo, á quien dirigió el orador en su tercer párrafo este apóstrofe campanudo (1): «¿Adónde, abrasado galan pirausta, derretida
»estuante mariposa, dónde giras, te remontas y elevas,
»que en la flamígera presurosa actividad de tus rayos respiras, suspiras y pias por la pira de tus incendios?....
»¿Adónde, régia, generosa garzota, rizado penacho de
»plumas en el peinado aire de la esfera, pavon de vistosas
»matizadas alas, que alimentándote de la incorruptible
»sustancia del cedro en la frondosidad del más bien cuajado
»Líbano, anidas en el Líbano del más incorruptible cedro?
»Calma el ardor del vuelo, sosiega el aire de tu curso;

(1) Sermon alegórico, anagógico, panegírico, que al fénix de cambiantes españoles rayos, pirausta de reales religiosos incendios, el mártir invicto español S. Lorenzo, predicó este presente año el P. Fr. Joaquin de Guadalupe. Madrid, 1744.

»que si acaloras tus derretidas ansias al impulso de tus »volantes violencias, el impulso de tus volantes violencias »soplará la hoguera de tus derretidas ansias.»

En esta oracion enigmática, donde solo se comprenden los textos porque están en latin, se llama al pan eucarístico «encarnada macolla de teándrica espiga, que »en ignito agosto de calor intensa tranzó la segur de inexo»rable parca; grano rubicundo y tostado que por incendios »de sus exhaladas finezas se subplantó al trillo de las más »execrables tiranías:» á san Jerónimo se da el título de *escintilante* fanal de la Iglesia: el martirio de san Lorenzo es *un catastro de fuego*: al santo mártir se apellida ó apoda *soasado fénix*; y del fénix fabuloso de Arabia se afirma que conoce su muerte próxima *con el vehemente voraz, agitado soplo de la ética de sus crecimientos*. Por último, habiendo sutilizado el orador bien á sus anchas acerca del amor de Dios á las criaturas, la fe del santo y la hoguera del fénix, concluye el exordio exclamando: «Fuego »de Dios y qué fineza! Fuego de Lorenzo, y qué cons»tancia! Y fuego del fénix, y qué AVE.... MARÍA!»

Muchos y abultados volúmenes se pudieran compaginar de citas semejantes á las que habeis oido, señores: creo, sin embargo, que bastan esas pocas para documentar suficientemente la descripcion que el señor Ferrér os ha hecho de nuestra Oratoria Sacra miéntras vivieron Felipe V y su hijo Fernando. Aunque pertenece á la historia de la anterior dinastía la investigacion de las causas productoras de tal fenómeno, señaladas las deja el señor Ferrér en lugar oportuno. Diga un filósofo que la depravacion de la elocuencia, como la de cualquier otro ramo de arte y saber, es una enfermedad intelectual en la vida de un pueblo, que las padece lo mismo que un hombre: sostenga un político ser inevitablemente forzoso que todo se vicie donde los monarcas ó saben poco ó va-

leu ménos, ó por entregarse á la disolucion abdican el cetro en mano de favoritos, hábiles tan solo para mantenerse en su inmerecido puesto; siempre será verdad que el abandono de los estudios buenos hubo de producir malas obras de estudio: á fe que al instante que nuestros oradores volvieron los ojos á la luz hermosa de la verdadera ciencia, ya no se dejaron fascinar de monstruosidades.

Estas, miéntras duraron, pudieron ser piedra de escándalo á los enemigos de la Iglesia Católica, y motivo de gran mortificacion para los fieles exentos del general contagio; á la fe del pueblo español, no trajo sensible perjuicio. El ministro del Evangelio fué respetado y querido siempre; lo que se decia en la cátedra del Espíritu Santo se escuchaba con reverencia y gusto; las agudezas del predicador gongorino entusiasmaban á los oyentes avezados á aquello; y la buena doctrina, aunque harto escasa y envuelta en broza, no caia en terreno estéril. Rindamos á aquella época el homenaje que se merece: de oir sermones literariamente viciosos no se formaban malos cristianos: no dañaba el manjar; la sustancia, sí, poca era.

Mas llegó un dia en que se desvaneció el prestigio, rodando por tierra el contrahecho ídolo del mal gusto, ludibrio ya de la recta razon. En el convento de la Trinidad de Madrid habia vivido y muerto rodeado de triunfos el propagador más célebre de la oratoria de guirigay, el padre Hortensio Félix Paravicino y Arteaga; contra aquel monasterio parece que fué dirigida la piedra que derribó la estatua con piés de barro: de la librería de Gabriel Ramirez, frente á la Trinidad, salió el alborotador *Gerundio*, declarando guerra á los predicadores de despropósitos. Retrato de persona determinada le creyeron algunos: á la verdad con las letras del burlesco nombre

Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes, se construye tambien el de Ortensio Félics (1) Parauizino y Arteaga. Cobra alguna fuerza esta observacion cuando recordamos que el autor del Gerundio publicó la traduccion del *Gil Blas* disfrazando su nombre con el de Joachin Federico Issalps, anagrama perfecto de Joseph Francisco de Isla, y anagramatizó ademas en la propia novela una porcion de títulos, llamando duque de *Melar* al de *Lerma*, y conde duque de *Valdeoríes* al de *Olivares*. Débese empero declarar paladinamente que en nada se asemeja el rudo y mentecato de fray Gerundio al ingeniosisimo y urbano fray Hortensio Félix, cuyos más vituperables errores prueban, por su naturaleza misma, extraordinaria capacidad y talento. Con las letras que abarca el largo nombre de fray Gerundio y su álias pueden hacerse combinaciones de nombres y apellidos bien diferentes; no componen ellas tampoco el anagrama exacto de fray *Hortensio Félix Paravicino y Arteaga*, porque sobran cuatro y hay que repetir algunas: quizá denominó así el padre Isla á su héroe, pura y simplemente porque tuvo á la vista la comedia de Moreto, muy popular entónces, intitulada *El Licenciado Vidriera*, cuyo gracioso, que es un estudiante gorron, se llama *Gerundio*. Otro *Gerundio*, nombre dado á un poeta fingido, se lee tambien en la *Dorotea* de Lope. Si el del padre Isla fué caricatura de real y verdadera fisonomía, de inferir es que tomase por original la de algun predicador coetáneo, escogiendo entre los innumerables que provocaban á su pincel satírico.

Dura fué la leccion, pero merecida y útil, como deja el Sr. Ferrér demostrado. El audaz Quevedo, que no

(1) O *Féliz* ó *Félis Parauicino* : el uso de la *u* por *v* y de esta por aquella era frecuente en el siglo XVII, y aun á principios del siguiente.

dudó comparar ciertos sermones con los disparates de Juan de la Encina; Gracian, que zaheria en su Criticon á los oradores que iban á lucirse con máximas de Séneca y conceptos de Ovidio, como si no hubiésemos tenido un San Pablo; fray Gabriel Morales, que en su *Visita general del Rey supremo Dios*, impresa en 1651, calificó de *predicadores del demonio* á los que profanaban la cátedra del Evangelio con escandaloso lujo de pueriles cláusulas, vanidades y cuentecillos del siglo; estos y otros escritores sensatos, testigos del mal, que clamaban por el remedio, no consiguieron en dilatados años el triunfo que el sagaz padre Isla, por llegar á tiempo, logró en muy breve período. Otra voz resonó desde entónces en los templos de España : si en 1771, trece años despues de la aparicion del Gerundio, se imprimia en Granada una extravagante oracion fúnebre que llevaba por título *El Zorobabel amplificado* (1), contra ella corria luégo una punzante sátira, vigorosa protesta del sano juicio, resuelto ya á no consentir que se delirase de aquella manera.

Con el loor que les es debido ha mencionado el señor Ferrér al apóstol de Andalucía fray Diego de Cádiz y á los principales oradores evangélicos de su época, en la cual, si bien es cierto que apénas descolló uno hasta igualarse con los Granadas y Bourdalues, muchos contaba el Clero español merecedores de grande estima, ocupando el primer lugar los dignos canónigos de San Isidro. Diferencia va de los panegíricos arriba citados á los que en elogio de San Agustin y de Santo Tomás de Aquino pre-

(1) El Zorobabel amplificado y amplificador de la Religion y del Instituto de la Santa Hospitalidad, oracion fúnebre que en las honras al Rmo. P. Fr. Alonso de Jesus y Ortega, General de la susodicha esclarecida Religion, dijo el M. R. P. Fr. Francisco Sotelo. Granada, 1771.

dicó en Madrid por los años de 1776 y 77 el inquisidor don Felipe Beltran, obispo de Salamanca. «¿Qué ejem»plar (dice hablando del Doctor Angélico), qué ejemplar »más perfecto pueden proponerse los estudiosos para no »naufragar en el escollo en que tantos perecen? Aquí pue»den aprender á no estudiar solamente por saber, que es »una vana curiosidad; ni para ser aplaudidos y famosos, »que es una torpe vanidad; ni para vender su sabiduría »por honras y dignidades, que es una vil negociacion; »sino para aprovecharse á sí mismos, lo que es verda»dera sabiduría, y edificar á los otros, lo que es excelen»te caridad. Aquí pueden aprender el uso que han de »hacer de las ciencias y el modo de adquirir aque»lla sabiduría, que no hace sabios disputadores, sino »virtuosos obradores; que no hincha y ensoberbece, »sino que enamora de Dios é inflama en su amor. ¿Qué »maestro pueden proponerse más excelente? Tienen en él »un doctor de la verdad y un modelo de la piedad; un »maestro profundamente sabio y profundamente humilde; »estudioso sin tibieza, sin sequedad; discreto, juicioso, aten»to siempre, con más firmeza que el iman al norte, á la »doctrina del Evangelio y de la Iglesia, y dispuesto á des»mentir ántes á un ángel que á faltar á las revelaciones de »aquel y á las definiciones de esta.»

Mayor distancia hallaríamos aun de los sencillos sermones, de las casi familiares pláticas de fray Diego de Cádiz, á los que habia producido, tan hinchados y tenebrosos, la primera mitad del siglo cuya honra fué. Poco elocuente aparece leido, poco se recomienda como escritor fray Diego de Cádiz; como fervoroso misionero, como sembrador feliz de la divina palabra, no tuvo igual. Predicando en Málaga sobre las excelencias de la caridad, que nos manda perdonar las ofensas y socorrer al necesitado, prorumpió: «Ah Málaga! Málaga! ¡qué

»infeliz te hace tu temporal felicidad, y qué precipitada»mente caminas á tu propia ruina y á tu eterna perdicion! »Sí, porque no habiendo en ti misericordia para perdo»nar y amar al que te injuria, ni para subvenir con la »espiritual y temporal limosna á los necesitados, es for»zosa consecuencia que no la halles despues en Dios para »salvarte y perdonarte, porque es de fe que del mismo »modo que tratáremos ó juzgáremos á nuestros prójimos, »habremos de ser juzgados por el Señor, y que seremos »medidos en su rectisimo tribunal con la propia medida »que los midiéremos, y aun con mayor rigor.» Al proferir con tono profético estas amenazas, cuyo formidable son henchia el espacioso ámbito de una plaza (porque la voz del padre Cádiz no cabia bajo otra bóveda que la del Cielo, por quien era inspirado); al ver aquellos grandes hermosisimos ojos centellear como estrellas, á la manera que los del Anciano del Apocalípsis; agitada la luenga venerable barba, pura y limpia como la nieve; puesta en alto la enjuta diestra que parecia empuñar el rayo devorante del Juez tremendo; lágrimas y sollozos de compuncion profunda arrancaba á la vez al pecador y al justo, al magnate y al pobre, á rudos y sabios, al advenedizo hereje y al fiel indígena, rendidos y postrados igualmente unos y otros al irresistible poder de la voz de Dios, que brotaba de los labios de su siervo santisimo.

Así tambien, cuando en el año 1795 invadieron los franceses el suelo de España, conmovia, encendia, arrebataba en generoso furor bélico á sus leales paisanos los montañeses, empeñándolos en la defensa de sus hogares, el capuchino fray Miguel de Santander, obispo auxiliar, entónces dignisimo, de Zaragoza.—Pero al nombrar á Zaragoza, señores, mi corazon y mis ojos, no respetando la barrera entre el siglo que pasó y el que pasa, bus-

can sin querer al orador sublime y ferviente patriota que pronunció el elogio de aquella ciudad en Madrid el año de 1818. A nuestros dias pertenece el suceso; el predicador nació, estudió, practicó y enseñó elocuencia en el siglo pasado: de sus oraciones en aquella época no he visto ninguna, porque no se han impreso; sustitúyalas esta, que no pierde por más cercana. D. Nicolas Antonio Heredero Mayoral, que en un mismo dia se graduó de doctor y celebró su primera misa, que en un mismo dia tambien tomó posesion del curato de Santa María de Alcalá y de la cátedra de elocuencia en la Universidad blason de Cisneros, decia así á un auditorio de aragoneses en el reducido templo de Monserrate:

«La corte da la primera seña, lanza el grito pene»trante de Mayo, que se oye en todos los confines de la »península.

»Aragon le siente más inmediato, su conmocion es »por consiguiente más violenta, el enemigo acude pre»suroso á contenerla; pero pronto reconoce cuán difícil »es reprimir la erupcion de un volcan. Queda escarmen»tado en la memorable accion de las eras de Zaragoza, »donde los hijos de esta ciudad, casi sin otras armas que »el bieldo y las hoces del agosto, cogieron abundante »mies, segando enemigas cabezas. La gloriosa defensa »de la Aljafería, que solo tiene de ciudadela el nombre, »detiene largo tiempo con asombro el ímpetu de las hues»tes no acostumbradas á encontrar resistencia. El usur»pador astuto suspende la violencia y acude á la persua»sion: un enviado suyo viene convidando con la paz, »prometiendo felicidades y ostentando un nuevo código »legal... (1) Oh! no... Vuelve, mensajero: el aragonés

(1) Van separadas con puntos suspensivos las supresiones hechas en obsequio de la brevedad; pero todo el sermon es igualmente bello.

»no recibe la ley de mano extraña... no hay paz con »los pérfidos tiranos : guerra, guerra!

»A esta voz los vencedores de Austerlitz y de Jena »se apresuran á mancillar sus glorias en el ataque de una »ciudad abierta y desmantelada... Ay! la horrorosa ex»plosion del repuesto de municiones sepulta mil patriotas »entre las ruinas de centenares de casas, que franquean »al enemigo la entrada de la ciudad ; sus valientes de»fensores, por una nueva táctica, forman parapetos de »cadáveres. No solo pelean los varones, sino tambien las »matronas y las pundonorosas doncellas : su voz insi»nuante y persuasiva infunde nuevo valor á los comba»tientes, que reciben de sus delicadas manos la muni»cion de guerra, ó las vendas de sus heridas, ó el refresco »en la fatiga. Allí una célebre baronesa construye y de»fiende baterías, y es *la Consolacion* (1) y el conhorte de »los guerreros : allá una brava serrana maneja el fusil y »el cañon, y venga la muerte de los patriotas. El enemi»go se avergüenza de tan indecoroso combate, y cu»bierto de oprobio se pone en precipitada fuga. ¡Oh me»morable dia cuatro de Agosto, dia del heroismo y del »solemne triunfo de Zaragoza! Yo veo renovado aquí el »triunfo del pueblo de Dios en tiempo de Débora..... »Entónces entonó aquel sublime cántico, que en ad»mirable consonancia repitieron los victoriosos zarago»zanos.

»..

»...Cisnes del Ebro... cantais para morir... Ya la cien»cia infausta de los ingenieros prepara en regla la des»truccion de una ciudad, cuyos muros son propiamente »unas tapias, recientemente formadas de escombros y de

(1) La Excma. Sra. Doña María Consolacion de Azlor y Villavicencia, condesa de Bureta.

»barro : arruinarlos no será mucha gloria ; defenderlos es »heróica empresa...

»....... ....

»Ya no osa el enemigo parecer frente á frente; á »ocultarse va bajo la tierra, á hacer guerra furtiva y te- »nebrosa con el arbitrio de las minas. Sí, solo volando »los fundamentos de la ciudad heróica puedes prometerte »su conquista; pero tus hornillos servirán para acrisolar »su heroismo. A la violencia de la explosion se desploman «unos tras otros los más fuertes edificios : siete templos »sucesivamente van cayendo por tierra. Los impíos pro- »fanan estas moradas de la santidad, lanzando de allí los »guerreros piadosos, por si pudieran desmembrar de sus »corazones parte del espíritu de religion que los hace in- »vencibles; pero ántes bien este espíritu, al paso que le »falta el desahogo exterior, va concentrándose en el fondo »del alma y en el único asilo que le resta, del templo del »Pilar. Contra este pilar se han estrellado vuestras bom- »bas sin poder derribarlo, porque sepais que al Dios que »da lugar á otras sagradas ruinas, le plugo contenerlas y »dejar subsistente el primitivo y privilegiado alcázar de »la devocion aragonesa. Asido el aragonés á su columna, »bajo el manto de su Patrona, recibe un aliento sobre- »humano; y tenaz en su justo propósito, si el orbe se »desmoronase, sin susto perecerá bajo sus ruinas.

» ....

»El Ebro y el Gállego con todos sus raudales no han »podido apagar el fuego de cincuenta cañones y de innu- »merables proyectiles que abrasan el famoso arrabal : sus »intrépidos defensores se abren paso por entre espadas »y llamas : parte se interna osadamente en la ciudad: »tras ellos viene el enemigo concentrando sus fuerzas, »procurando avanzar por entre cadáveres y escombros: »humanos espectros y esqueletos vivientes le asom-

»bran todavía saliéndole al encuentro. Rodea en fin la »calle del Sepulcro, cuyo nombre corresponde per»fectamente á su conquista... Conquistado habeis, va»lientes del Sena, un sepulcro, un panteon, un cementerio; »que ya no es más Zaragoza. Cincuenta y cuatro mil ca»dáveres, cuyos huesos yacen esparcidos por el vasto »ámbito de la ciudad, ofrecen en ella el espectáculo del »campo lleno de huesos que vió Ezequiel profeta.

»..

»...El patriarca Jacob... despues de una misteriosa »lucha, herido en su humanidad, ve una escala por donde »bajan y suben los ángeles, y cuya cima ocupa Dios mismo. »Aplicad, ángeles santos, vuestra escala, y dad la mano »á los combatientes de Zaragoza, para que escalando el »Cielo, suban al seno de Dios. Miéntras los carros fune»rales de la heróica ciudad estremecen corriendo para »trasportar millares de cuerpos muertos, el carro fla»meante de Elías, en que perdió de vista la tierra, vuelve »para conducir á la region de la inmortalidad esos mis»mos cadáveres vivificados.»

Larga ha sido esta cita con que ya finalizo; pero otra cosa es esto que la rosa y la azucena de la accion de Almansa : los oradores más célebres de España y de fuera no pasan de aquí.

Tampoco yo debo ir mas allá. Regular apoyo me parece que lleva el imparcial juicio hecho por el Sr. Ferrér de nuestra Oratoria Sacra en los reinados de los cinco primeros Borbones : mucho se debe prometer la Academia del que piensa y escribe así. Réstame ahora implorar la indulgencia de mis oyentes, que deben alguna á quien, desviándose de sus habituales y profanas tareas, diserta, mandado, sobre la Oratoria del púlpito. Allá en la márgen del Sena, entre los cimientos del templo de San Felipe du Roule, una tumba humilde

guarda por ahora los despojos mortales de un compatriota nuestro, cuya voz resonó entre aplausos desde este sitio, con muchos más desde la tribuna parlamentaria. Allí yace, deseando aun sin vida tornar al dulcísimo nativo suelo, el Excmo Sr. D. Juan Donoso Cortés, hombre público y escritor eminente, á quien la posteridad, por más rígida que le juzgue, no rehusará de seguro la corona de la elocuencia. Aquel benemérito individuo de la Real Academia Española, á quien aflige tan grave pérdida, no enjutas aun las lágrimas debidas al inolvidable D. Juan Nicasio Gallego, hubiera manejado con pluma fácil mi asunto de hoy, propio enteramente de sus estudios é inclinaciones. Él, con los vuelos magníficos de su imaginacion impetuosa, con sus atrevidas frases, brillantes argumentos y enérgicos tonos, con sus altas prendas oratorias en fin, os hubiera tenido pendientes de aquellos labios que una muerte prematura acaba de condenar á perpetuo silencio. Yo le consagro el mio, respetando sus calientes cenizas.